

Como se ha visto, queda probado que las sectas protestantes se hallan privadas del gran carácter de fecundidad en las misiones: prueba ya notoria de que no son esa Iglesia á quien Jesucristo encargó la conversión sucesiva de todos los pueblos, prueba tanto mas notoria, cuanto que sus medios humanos de éxito, como ya se ha dicho, son infinitamente superiores á los de la Iglesia católica, cuya asombrosa fecundidad reconocen hasta los protestantes mismos. El ilustre autor de las *Conferencias sobre las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica*, cita muchos testimonios emanados de ellos que hacen subir en ciertas ciudades de la India el número de nuestros neófitos á veinte mil, treinta y cuarenta mil (1). El doctor Buchanan confiesa que en Asia *hemos disipado, en gran parte al menos, las tinieblas de la idolatría* (2); Heber, que en el mediodía de la India, que es el foco de las misiones protestantes en aquel país, los fieles católicos son superiores en número á los adeptos de la Reforma (3). De una memoria sobre la isla de Ceylan, redactada por orden de sir Wilmot Horton, que era gobernador en 1856, resulta la prueba de un aumento creciente y continuo de la población católica, á cuyo buen comportamiento habia tributado en 1807 sir Alejandro Johnston, alto juez de la isla, un homenaje que el transcurso de los años no ha desmentido (4). «En la China, dice un misionero protestante, la religión católica se propaga en medio de las persecuciones (5).» «A las islas Filippinas los nestorianos de la costa de Malabar: «El número, dice, de los cristianos protestantes de la costa de Malabar, asciende á sesenta mil, y sus iglesias llegan á cincuenta y cinco (*Christian remembrancer*, Memorandum cristiano, t. II. p. 643).» Ahora bien, ¿quién no sabe que los nestorianos solo niegan la supremacía de la Santa Sede y la unidad de persona en el Hombre-Dios, admitiendo todos los demás puntos de doctrina católica desechados por los protestantes?

(1) N. Wiseman, t. I: conferencia séptima.

(2) *Memorias*, p. 12.

(3) Véase las *Conferencias*, etc., por N. Wiseman. tom. I: conferencia séptima.

(4) *Conferencias*, etc.: conferencia séptima.

(5) *Missionary's register*, p. 43.

pinas, dice también el doctor Pritchard, han sido enviados una porción de misioneros católicos, los cuales se han familiarizado con los numerosos dialectos usados en los puntos á donde los llamaban sus trabajos apostólicos, y esos trabajos han sido coronados de éxito (1). Finalmente, los informes de la *Sociedad protestante para la propagación del Evangelio* contienen confesiones formales sobre el buen resultado de nuestras misiones en diversas comarcas de la América (2). Léese, por ejemplo, en el informe de 1825, que «la aldea de Saint-Regis se halla habitada enteramente por indios, todos los cuales profesan la religión católica, como todos los indios de las provincias bajas (3).»

¿Preguntaremos ahora al protestantismo si tiene el carácter de desinterés en las misiones?... No queremos, á la verdad, entrar en el santuario de las conciencias, pero tenemos derecho á hablar de los hechos públicos y á invocar el testimonio de sus propios sectarios. Ahora bien, es notorio que los misioneros de la Reforma se hallan ampliamente dotados (4), al paso que nuestros misioneros no tienen las mas veces con que atender á su subsistencia, pues nunca reciben arriba de seiscientos veinte y cinco á setecientos francos, en países en donde necesitan pagarlo todo, y en donde los viajes, las escursiones apostólicas, las necesidades, las desgracias de los neófitos, de quienes son la

(1) *Researches into the physical history of mankind*; 2.ª edición, Londres, 1826, t. I, p. 455.

(2) *Conferencias*, etc., por Wiseman, t. I: conferencia séptima.

(3) *Informe*, etc., 1826, p. 117.

Se hallan preciosos pormenores sobre la asombrosa fecundidad de las misiones católicas modernas en los *Anales de la propagación de la fe* y en la *conferencia séptima* de Wiseman.

(4) «Unos, los de América, por ejemplo, tienen dos mil quinientos francos anuales: en otras misiones, y especialmente en las asiáticas, ese sueldo llega á tres mil quinientos francos anuales con un aumento de mil francos si el misionero es casado, y de quinientos francos por cada hijo. El misionero del Cabo de Buena Esperanza tenia siete mil quinientos francos, y en las misiones de la Australia habia dos misioneros con un sueldo de doce mil quinientos francos al año.» (*Conferencias* de N. Wiseman, t. I: conferencia séptima).

providencia visible, exigirían por sí solos sumas enormes (1). Por eso la *Revista mensual* protestante decía en enero de 1831: «Las mas de las veces la vocacion de nuestros misioneros tiene su origen en el deseo de recibir pingües sueldos de cinco á siete mil francos por el solo trabajo de leer y hacer leer la Biblia entre los idólatras; y á ese precio ¿es acaso sacrificio para hombres que apenas pueden procurarse en su pais los medios de vivir, embarcarse para tierras lejanas, sobre todo cuando pueden llevar consigo á sus mujeres y á sus hijos (2)?»

(1) *Conferencias*, etc., por N. Wiseman, t. I: conferencias sesta y sétima.

(2) Véase en los *Anales de la propagacion de la fé*, núm. 30, un largo y curioso extracto de esta revista: *Monthly Review*.

Permitásenos citar tambien la confesion siguiente de un escritor de la Reforma: «Sí, digámoslo sin rodeos, no fué la gloria de Dios, ni el ardor de una vocacion sublime lo que movió á los misioneros de las islas del mar del Sud; la codicia solo fué la que les impulsó á ir á aquellas comarcas lejanas.» (Meyer, *Naturforscher aus Preussen, übersichtliche Darstellung der Gesellschaft Inseln*).

Añadirémos que en la Nueva Zelanda, hace pocos años el misionero William recibió por su parte en la distribucion del terreno seiscientos setenta acres de propiedad. Es poco todavía: el misionero Enrique William obtuvo once mil doscientos cuarenta y cinco. Pero monseñor Pompallier, vicario apostólico, ni ningun otro misionero católico, no pidieron en provecho suyo ni un solo acre de tierra. (Véase el extracto de un diario inglés en la *Union católica* de 14 de abril de 1842).

Léese tambien en la entrega sesta del *Viaje á la India*, de 1828 á 1832, por Victor Jacquemont, cuya pluma estaba lejos de ser guiada por nuestra fé (veanse los *Anales de filosofía cristiana*, t. XVIII, p. 34 y siguientes): «Algunos misioneros católicos recorren el mundo á pié y con los pies descalzos para convertir á los infieles, y han convertido á muchos. Condúcense como los apóstoles, y como ellos han obtenido con frecuencia buen éxito. Los misioneros ingleses, y para hablar en general, los misioneros cristianos protestantes, aguardan con calma en sus casas á que los infieles se presenten. El misionero M. Carey (á quien visitó M. Jacquemont) nunca sale de su casa para convertir á los indios. ¿Qué ventajas le traería eso? Pero á pesar de su edad va todas las semanas á Calcuta para dar en el fuerte William una leccion de bengali á los pupilos de la compañía, que le paga generosamente. M. Mac, misionero asistente, predica la palabra de Dios á los que van á su casa á oírle: para predicar no se incomoda; pero por la química es otra cosa, pues corre hasta Calcuta en busca de un auditorio, haciendo pagar la entrada.»

La continuacion de este relato, dice el *Eco del mundo científico*, que cita el anterior pasaje, nos muestra á los misioneros protestantes sedentarios é interesados, lo cual explica el autor, con razon sobrada, por el solo

¿Nos mostrará al menos el protestantismo en sus misioneros la verdadera fuerza apostólica?... Pues que nos cite uno, si puede, uno solo que lleve sobre su cuerpo las señales de los suplicios sufridos por su predicacion, uno solo coronado por ella con su propia sangre. Por mas que he registrado las narraciones mas favorables á su empresa, por mas que he interrogado á todas las playas visitadas por ellos, ni un solo nombre de confesor ó de mártir de su fé ha venido á herir mi vista ni á resonar en mis oídos (1). Veo en las islas de Sandwich á un hombre de carácter ardiente (2); pero no es un confesor, no es un mártir: es un héroe de intolerancia, un verdadero perseguidor de los misioneros católicos. *No procedia así*, en verdad, el colegio sagrado de los doce primeros apóstoles, que los misioneros protestantes llaman el padre de su obra: *él sufría con júbilo por el nombre de Jesus* (3), pero no hacia sufrir ni aun á los que mas contrariaban su predicacion.... Tambien oigo hablar de un misionero protestante que osó introducirse en la China, hace algunos años, anteriormente á la época en que se modificaron las leyes de este pais relativamente á los extranjeros (4). Valor, héroe de la Reforma, hé aquí una bella ocasion de rivalizar en glo-

hecho de estar casados y cargados de familia; y á los misioneros católicos, por el contrario, viajando siempre, hombres muchas veces de valor y de generosidad, y que no tienen mas objeto que el de vivir libres de trabas, como los apóstoles, é imitar sus sublimes virtudes. (Véase los *Anales de filosofía cristiana*, t. XIII, p. 310 y 311).

(1) Los misioneros protestantes no pueden citar tampoco uno solo de sus neófitos que haya sufrido martirio por su fé, al paso que los misioneros católicos pueden presentar aun en estos últimos años, una multitud de los suyos que han sufrido los suplicios y la muerte por la religion cuya verdad les habian hecho conocer. (Véase *Noticias del martirio de cada uno de los 70 servidores de Dios, condenados á muerte por la fé, en China, en Tong-King y en Cochinchina*, por el abate Rousseau, y los *Anales de la propagacion de la fé*, de 1830 á 1848.—Véase tambien las *Conferencias*, etc., por N. Wiseman, t. I, conferencia sétima.

(2) M. Pritchard cuyo nombre tanto ha resonado en ciertos debates parlamentarios de la Francia.

(3) *Actas de los apóstoles*, V, 41.

(4) Véase *Anales de la propagacion de la fé*, núm. 13, p. 7.

ria con los misioneros confesores y mártires de la Iglesia católica: todas las sectas de Europa y de América tienen fijos en tí los ojos con el corazón lleno de ansiedad: «Ese va á dar por fin, dicen para sí, un noble mentis á todo el pasado de sus colegas!...» ¡Vana esperanza! Preso y conducido ante el mandarin, obtiene su rescate por una suma considerable: se le prohíbe que vuelva á predicar su religión al celeste imperio, y promete no volver mas: ¿há hecho nunca un misionero católico semejante promesa?... ¡Oh! no es ese el heredero de aquellos primeros apóstoles, que cuando la sinagoga les prohibía predicar el cristianismo respondían con la cabeza erguida y la voz segura: «Juzgad vosotros mismos si es justo obedeceros antes que á Dios (1).» No, no es el ministro legítimo de Jesucristo, que *dió su vida por sus ovejas* (2): pongo por testigo á vosotros, huesos sagrados de nuestros ilustres mártires tan numerosos en esa misma tierra de la China; á vosotros, que en el humilde sepulcro en que reposais, os habreis sin duda estremecido, mientras que aquel enviado del error contraía su cobarde compromiso; y á vosotros tambien, dignos hermanos suyos aun con vida, que junto á aquellos nobles restos habeis podido decir con tanta razon á vuestros neófitos, mientras que el misionero de la Reforma se retiraba lejos de los suplicios y de la muerte: «Ya lo veis, el mercenario huye, porque no es el verdadero pastor de las almas (3)!»

Despues de lo dicho ¿habrá todavía que insistir?... Bástenos citar la notabilísima confesion de la *Revista mensual* de enero de 1851. El autor principia por reconocer lealmente que nuestros misioneros son admirables por su valor y fuerza heróica, y hablando en seguida de los misioneros protestantes: «Luego que llegan, dice, á su destino,

(1) *Actas de los apóstoles*, IV, 19.

(2) San Juan, X, 15.

(3) *Mercenarius autem fugit quia mercenarius est, et non pertinet ad eum de ovibus.* (San Juan, X, 13).

el primer cuidado que se toman es el de alojarse lo mas cómodamente que pueden, pero manteniéndose siempre en cuanto les es dable, bajo la proteccion del cañon británico. Rara vez penetran en las naciones salvages, tienen miedo á la peste y al cólera, á los cuales no es razonable esperar que quieran exponer á sus familias, ó que sus familias les permitan exponerse; y por otra parte, las mismas razones les hacen no tener el menor deseo de ser mártires (1).»

(1) *Anales de la propagacion de la fé*, núm. 30, p. 693.

En esa misma coleccion se hallan otros muchos datos importantes acerca de las misiones protestantes. Véanse los núms. 13, 16, 20, 30, 58, 60, 66, etc., etc.

Acaso el lector no llevará á mal que añadamos aquí la observacion siguiente: que el heroismo fecundo de las misiones es propio absolutamente del catolicismo. Tanto en la antigüedad como ahora ¿qué ha sido de los misioneros de la filosofía? Platon viaja por Egipto y la Grecia mayor, Plutarco viaja tambien por Grecia y Egipto; pero viajan por ellos mismos: no son los apóstoles sino los cuestadores de la filosofía que van á mendigar de escuela en escuela algunas migajas de sabiduría humana; y si es cierto que los sofistas iban de ciudad en ciudad, no lo hacian ni lejos, ni á costa de grandes sacrificios, ni con peligro de sus bienes ó de su vida. Los filósofos modernos tampoco se han sentido inflamados del noble deseo de ir á las costas de Malabar ó de la Guinea, ni á las playas salvages de la Cochinchina, á hacer el papel de propagandistas de la razon, y lo que Voltaire decia en una carta al rey de Prusia de 1.º de noviembre de 1769, que, *á pesar de todas sus exhortaciones, no habia podido hallar tres filósofos que hubiesen querido emigrar solo hasta Cléveris, y que estaba tentado á creer que la razon no es buena para nada* (*Espectador francés*, t. I, pág. 9), no ha sido desmentido por el celo de los filósofos de nuestros dias. Verdad es que el sansimonismo, cansado de recorrer inútilmente la Francia y de no recoger en ella mas que silbidos, trató, hace algunos años, de enviar apóstoles á Egipto para buscar la *mujer-mesias*; pero el ridículo inexorable que seguia sus pasos en Francia se embarcó con ellos, y fué á matar sin remision su obra en Africa.

No hablaremos del paganismo, que nunca tuvo misioneros, á excepcion de Apolonio de Tyanea, si es que puede darse tal nombre á este filósofo, que recorrió el imperio para tratar de sostener la idolatría que se venia abajo.

El judaismo, bajo el punto de vista del apostolado, no ha tenido mas valor: desde Vespasiano no ha adelantado un paso. Resulta además de las estadísticas generales del globo, que lejos de ganar terreno lo pierde, especialmente de algunos años á esta parte: en 1817 se contaban cinco millo-

Y ahora solo nos falta resumir en breves palabras este capítulo y el anterior.

De derecho es preciso que el verdadero cristianismo sea apostólico; de hecho nadie mas que la Iglesia católica lo es:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo sea uno é invariable en su doctrina; de hecho no hay mas que la Iglesia católica que lo sea:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo posea una autoridad viva, infalible en materia de doctrina religiosa; de hecho nadie mas que la Iglesia católica la posee:—de derecho es preciso que el verdadero cristianismo haya continuado siempre la obra de los apóstoles con un éxito y un celo semejantes á los de aquellos; de hecho, no hay mas que la Iglesia católica que goce de ese privilegio. Luego el verdadero cristianismo no se halla mas que en la Iglesia católica, de lo que se deduce que todo hombre lógico que parta del principio incontestable de la existencia de Dios llega necesariamente de consecuencia en consecuencia á la religion católica, y que no hay medio razonable entre el ateísmo y el catolicismo. Luego ser ateo (esto es trastornar la naturaleza y abjurar la razon), ser ateo ó católico es una alternativa inevitable para el que no se detenga á la mitad del camino en la via de la dialéctica y sepa llevar el raciocinio hasta su último término.

nes de judíos: en 1830 no llegaba su número á cuatro millones. (Véase *Anales de la filosofía cristiana*, t. I, p. 75).

En cuanto al mahometismo, no ha tenido otro apostolado que el de la cimitarra, el terror, la sangre, la corrupcion, la barbarie; y se vá ya caduco como un viejo decrepito, abrumado bajo el peso de doce siglos de esclavitud, de molicie y de enervadores placeres.

CAPITULO XIII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: COMBATES Y TRIUNFOS DE LA IGLESIA.

Una de las glorias de la Iglesia católica es haber sido siempre combatida y haber quedado triunfante siempre; y esta es tambien una de las pruebas sensibles de que el Hombre-Dios está con ella desde su principio y se complace en hacerla vivir fuerte y vigorosa en medio de las luchas mas capaces naturalmente de echar por tierra una obra humana.

Véase al catolicismo desde su origen, en lucha con los enemigos mas numerosos, encarnizados y poderosos, mas fuerte en su aparente debilidad que las innumerables legiones de los que juraron ahogarlo en su cuna. Ese niño en mantillas es un gigante indomable, á quien el génio del mal y del error oprime entre sus mil brazos, á quien atraviesa mil veces con los dardos emponzoñados del desprecio, del ridiculo, de la calumnia, de la falsa sabiduría y al mismo tiempo con la cuchilla cruel de una persecucion inaudita, y que se rie de tantos esfuerzos violentos, creciendo cada dia á ojos vistas bajo los golpes de toda especie que parecian deber aniquilarle, desarrollando sus robustos miembros en un mar de sangre que hacen brotar de todas sus venas á torrentes, y viendo descender sucesiva-